

Tres Episodios Carlistas en Córdoba

CUANDO EL GENERAL GOMEZ CONQUISTO CORDOBA

Por José VALVERDE MADRID

I

Recordemos hoy la figura de un gran general carlista: don Miguel Gómez Damas.

Una partida de nacimiento del folio 140, del libro 12, de la parroquial de Santa María, de Torredonjimeno, nos dice que «en la villa de Torredonjimeno, a siete días del mes de junio de 1785 yo, el licenciado fray don Gonzalo José Ramírez de Aguilera, del hábito de Calatrava, cura rector de la sacra iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción, bauticé en ella solemnemente y puse los santos óleos a un niño que nació el día cinco de dicho mes, a quien puse por nombre Miguel Sancho, hijo de Juan Francisco Gómez Hermoso y de Juana José de Damas Hermoso, su legitima mujer, naturales y vecinos de esta villa. Fue su padrino don Miguel Aniceto de Martos Royo, a quien advertí la obligación y parentesco espiritual que había contraído y lo firmé.—Lcdo. F. don Gonzalo José Ramírez de Aguilera.»

Quiere ser Gómez militar y con muy pocos años sale de cadete, y en una de sus primeras acciones contra los franceses es capturado prisionero, en el año 1809. Es liberado en el año 1815 y, como todos los prisioneros,

mal recompensado por Fernando VII y postergado en su carrera militar, de ahí que cuando la sublevación carlista en el año 1830 deje su destino —en el regimiento de Infantería de Saboya— y se presente al que había sido su jefe, Zumalacárregui, el que lo haría comandante y destinaría al regimiento de Infantería de Extremadura. Destaca por su valor en una operación y es elevado a jefe del Estado Mayor de aquel gran general carlista en el año 1833. Al año siguiente es ascendido a brigadier por el Rey Carlos y nombrado comandante general de Vizcaya. Un año después se destaca en la batalla de Arquijos, vence a O'Raá en Ezcurra, a Jáuregui en Hernani y a Uriarte en Guernica, siendo nombrado, por último, mariscal de campo por la toma de Tolosa, en poder de los gubernamentales. Su división, a las órdenes del general Eguia, es la que más se destaca en el campo de batalla, y se le concede la cruz de San Fernando de tercera clase y la gran cruz de Isabel la Católica.

Y llegamos al año 1836. Propone el general Gómez formen una expedición que airee los ideales carlistas por la geografía patria. El Mando le asigna únicamente cuatro batallones, una compañía de granaderos y dos piezas de artillería de montaña. En total, 2.700 hombres y 180 caballos. Se nombra como segundo jefe de la expedición al marqués de Bóveda; como brigadieres, a Villalobos y Arroyo, y como jefe de Estado Mayor, al coronel Castillo. A los nueve días de salir ya conquistó Oviedo; el día 18 de julio cae Santiago; el 1 de agosto, León; el 20 de aquel mismo mes, Palencia; caen después Guadalajara y Albacete, y en Villarrobledo tiene un batallón suyo el primer revés al ser derrotado por Diego de León. Se rehace la columna y toma Jaén, apareciendo a las puertas de Córdoba a fines de septiembre. Preparados los gubernamentales, el jefe político, señor Pastor, manda a por las milicias de los pueblos para defender la capital, y la orden es replegarse combatiendo y hacerse fuertes en la Calahorra, Alcázar y seminario.

El día 30 de septiembre, por la mañana, llegan los carlistas, compuestos ya de 12 batallones y ocho escuadrones, pues se le habían unido a Gómez los regimientos de Cabrera y Forcadell, y son ya cerca de 6.000 hombres. Muchos vecinos dieron vivas a Carlos V, y no iba mal la cosa cuando desde la posada de la Herradura los nacionales de Iznájar disparan traidoramente y matan al general Villalobos. Esto desató las iras de los navarros que iban en la vanguardia, y la toma de Córdoba degeneró en una batalla cruel, incendiando la posada y tomándose a la bayoneta el puente,

la Calahorra y el seminario. Quedaba sólo el fuerte del Alcázar, anunciando don Esteban Pastor que no se rendía, pero la falta de municiones le hizo pactar su rendición con el capitán carlista Fulgoso. Ramírez Casas-Deza nos diría en su Anales que no se respetaron las condiciones de la rendición y que se haría prisioneros a los últimos defensores, a lo que argüimos que lo que iría contra la leyes de guerra sería precisamente tratar como paisanos a los que se hacen fuertes con armamento contra el enemigo. El caso es que muchos cordobeses siguieron presos con la expedición a través de su marcha por el resto de España.

IV En otro sector de la capital fue bien recibido el general Gómez. El Cabildo ordenó repique general de campanas y a una petición de 100.000 reales para ayuda de guerra por parte del general Gómez, correspondió con 200.000, con lo que el reparto entre los pudientes de la capital tocó a menos en la suma asignada. El nuevo Ayuntamiento lo componían, entre otros, el deán, don Antonio Sánchez del Villar; el marqués de Benamejí y el barón de Fuente Quinto.

El día 5 de octubre, teniendo noticias el general Gómez de que el general Escalante, con los regimientos de Málaga, estaba en Baena, decidió darle batalla y destacó a varios batallones, a las órdenes de Cabrera, que le ocasionaron muchas bajas y le obligaron a abandonar el campo, refugiándose en Jaén. Al día siguiente se cantó un solemne Tedéum en la catedral cordobesa para celebrar esta victoria, y también se dijeron las exequias por la muerte de aquel gran militar que fue don Santiago Villalobos. Otras expediciones que de la capital salieron conquistaron Montilla, Cabra y Priego, no atacándoles el general Cristino Alaix, que estaba en Alcalá la Real. El día 13 de octubre abandonaron los carlistas Córdoba, pues estaba en el plan de Gómez conquistar Pozoblanco y Almadén, quizá para exigir un fuerte tributo a la Real Casa de Minería de esta ciudad, que tenía fama de rica. Separáronse aquí de los batallones de Cabrera y Forcadell, que regresaban al norte, pues el general Gómez tenía programado conquistar Ronda y Algeciras.

Como es natural, al entrar el general Alaix en Córdoba, el día 15 de octubre, pues estuvo en Alcolea esperando que se fuera Gómez, infligió castigos económicos a la ciudad e impuso una multa al Cabildo, a quien exigió 100.000 reales de ayuda.

Pero sigamos con la expedición Gómez. Después de la conquista de Algeciras, regresó por Málaga, y al llegar a los llanos de Alcaudete, en una emboscada, sufren un fuerte revés algunos batallones suyos, precisamente los más aguerridos, y decide retirarse a los cuarteles de invierno emprendiendo el regreso a Guipúzcoa, a donde llegó el día 20 de diciembre de aquel mismo año de 1836. El regreso lo hizo con 3.153 infantes y 633 caballos, casi el doble de fuerzas con las que saliera, y eso que el revés de Alcaudete le había quebrantado mucho.

Fue recompensado con el nombramiento de teniente general y con la gran cruz laureada de San Fernando. Pero al poco tiempo el general Villarreal le forma expediente por dicha expedición, sosteniendo que se había extralimitado y hasta pasa por el duro trance de estar en prisión.

Concluido todo satisfactoriamente, interviene Gómez en la batalla de Luchana, en la que nuevamente se distingue por su valor temerario, y en la caída del frente carlista en 1840, emigra a Francia. Tras la frontera, conspira con otros emigrados carlistas, y en 1847, en una revuelta contra el poder constituido, vuelve a España, para provocar un alzamiento, pero es descubierto y perseguido, teniendo que huir a Inglaterra, donde muere en el año 1849.

Desterremos de una vez el dicterio de cabecilla Gómez que aplicaban los historiadores del pasado siglo a la gran figura de uno de los mejores generales que ha tenido España en el siglo XIX: el general don Miguel Gómez Damas. Ahí queda su expedición como modelo de arte militar y como ejemplo para futuras generaciones de como tienen que combatir las tropas de montaña.

II

EL CORONEL

Don Francisco del Villar

La fecha del día 30 de septiembre ha sido siempre recordada por los cordobeses como una de las más desgraciadas en la historia de nuestra ciudad. Al apoderarse los carlistas, capitaneados por aquel bravo general que se llamó don Miguel Gómez Damas, de Córdoba, en el año

1836 fueron muchos los cordobeses que murieron en sus calles y luego en el cautiverio. Uno de estos héroes fué don Francisco Antonio del Villar, el bravo coronel alma de la defensa del Alcázar cordobés al que hoy vamos a recordar.

Procedía don Francisco del Villar de una familia cordobesa de militares. Su abuelo, don Francisco Antonio del Villar y Segovia, había desempeñado altos cargos en el Ejército y luego abandonó la carrera de las Armas para administrar los bienes en Ubeda y Baeza de los condes de Torres Cabrera y de los marqueses de Quintanilla. En el cargo de coregidor de la villa de Linares fué cuando se le hizo el retrato que reproducimos. Había casado en la provincia de Gerona, cuando allí estuvo de militar, con doña María Cortés, de la que tendría varios hijos, de los cuales, el mayor, don Pedro Villar, también militar y que casó con doña Joaquina Herrera, natural ella de Parafuget, sería el padre de don Francisco Antonio del Villar, el defensor del Alcázar. Propiamente cordobés no era éste, ya que nació en el Peñón de Vélez de la Gomera, cuando allí estaba su padre destinado; pero muy joven ya vino, en unión de su hermano mayor, Juan, a vivir a Córdoba. A la muerte de su abuelo y de su padre que se sucedían en la administración de los bienes de los títulos antes citados, fué Juan el que se encargó de dicha gestión y Francisco destinado a la carrera de las Armas. Primeramente estuvo destinado en el Regimiento de Infantería de Ceuta y luego pasa al de Navarra, con sede en Barcelona. Aquí casó con doña Juana Adán Regnat, de noble estirpe catalana y de esta unión no tendría más descendencia que una hija llamada Manuela. Tiene, cuando la guerra de la Independencia, algún contratiempo militar y es suspenso en su empleo de coronel a donde había llegado por méritos de guerra. Muy arruinado deja a su esposa y a su hija en Barcelona y viene a Córdoba a emplearse en funciones administrativas con su hermano Juan, el administrador de los bienes de los marqueses de la Vega de Armijo y de Quintanilla y de los condes de Torres Cabrera. Ya con más de setenta años, le sorprende la acción de la toma de Córdoba por los carlistas. Un cúmulo de circunstancias se dieron para que en lugar de una ocupación pacífica degenerara en una matanza la acción del general Gómez al tomar Córdoba. En primer lugar, la muerte del general Villalobos, el bravo militar carlista que mandaba la Caballería de aquella columna que con sólo dos mil hombres —y fuera de las bases carlistas a más de mil kilómetros—, conquistara pueblo tras pueblo y llegara hasta Algeciras. Otro factor causante de la masacre cor-

Espinosa, en vez de socorrer Córdoba la dejó abandonada a la milicia dobesa fué la carencia de mandos militares. El capitán general de Sevilla, que se formara buenamente y a los pocos soldados que estaban en la guarnición. Por último, el abandono del mando de dichas fuerzas y la defensa del Alcázar por parte del teniente coronel don Bernardino Martí. Este, basándose en que era administrador de los bienes del infante don Francisco de Paula Borbón, también abandonó el mando que ya había sido abandonado el día antes por el comandante general don Teodoro Gálvez. Simulando una descubierta salió Martí del fuerte, que lo constituían, no solamente el Alcázar, sino el Palacio Obispal, el Seminario y la Calahorra y no se incorporó a su defensa.

Entonces es cuando aparece en escena el coronel Villar. Deja la tranquilidad de la casa en que vivía y se ciñe el correa y nuevamente su uniforme de coronel hace que se transfigure, de un oscuro burócrata, en el militar victorioso en las hazañas africanas. Disponía la defensa del Alcázar y se da cuenta de que no había ni balas ni medicamentos. Ordena que rápidamente se traiga tocino y varias reses por si hubiera que aguantar varios días mientras vienen los esperados refuerzos sevillanos. Los cañones se emplazan en las caballerizas y el oficial Díaz de Morales es designado enlace con las fuerzas de Infantería. Los milicianos de los pueblos son distribuidos en las posadas cercanas para detener la marcha de los carlistas al fuerte. Otro oficial retirado, don Antonio Ferri, es designado por Villar para defender el puente y la Calahorra.

Mas varias horas antes de lo que pensaba que atacaran las fuerzas carlistas, una vanguardia de Caballería de éstas, mandada por Cabrera y Villalobos, tomaron al asalto las puertas de la Misericordia y las de Colodro y Plasencia. Se desmorona la defensa y los milicianos, solamente pudieron llegar al Alcázar los de Priego y Rute, aunque a costa de grandes bajas, pues en la lucha cuerpo a cuerpo, ya que los carlistas también estaban mal de municiones, éstos le llevaban gran ventaja. Tropa avezada y valiente, guerreros duros y profesionales, poco les duraban aquellos mozos recién salidos de sus casas sin práctica militar alguna.

Villalobos quería esperar al grueso de las fuerzas carlistas antes de seguir en persecución del enemigo que había abandonado las puertas cordobesas, pero Cabrera le convenció de seguir combatiendo y tomar el Alcázar y al dirigirse hacia allí, una bala rozó la boina de Cabrera y otra



DON MIGUEL GOMEZ DAMAS

mató a Villalobos. Ante esto, aquél dió la orden de «degüello» y ya no se hicieron prisioneros. Una terrible masacre se desencadenó y el avance hacia el fuerte estaba jalonado de cadáveres de las milicias cordobesas. Los incendios se multiplicaban y cuando llegó el grueso de las fuerzas carlistas, al enterarse de la muerte del coronel Villalobos se combata y se mata sin piedad. Se acerca al Alcázar, se toma por la espalda el fuerte de la Calahorra y antes de anunciar que se disponían los carlistas a conquistar el Alcázar son enviadas a éste una comisión de señoras para decirles que se rindieran ofreciéndoles paz y seguridad.

Villar resiste cerca de tres días, ya sin cañones ni comida. Se habían previsto alimentos para los defensores, pero no para todo el personal que huyendo de los incendios y matanzas, se refugió en el Alcázar. Se multiplica dando órdenes y acudiendo a los sitios de peligro. Cortadas las cañerías de agua y sin balas, las municiones solamente se disparaban en caso extremo. Muñoz tiene que abandonar el Palacio Obispal y los carlistas incendian los edificios cercanos al fuerte, que entre una nube de humo aún sigue resistiendo. A las treinta horas de lucha un nuevo emisario, el general carlista Fulgosio —aquél que años más tarde moriría junto a Diego de León—, promete a Villar que se les respetaría si se rinden y aquél accede, pero quiere que se le dé esta seguridad por escrito. Los carlistas no acceden a ello y en esas condiciones se evacua el fuerte y al frente de la columna de prisioneros camina el coronel Villar entre los insultos del populacho. En lugar de la libertad prometida, se les carga con la impedimenta de la columna carlista y tienen que seguir a pie detrás de los caballos entre una guardia de soldados que, al menor intento de fuga, disparan sobre los cautivos. Con ellos participan en la batalla de Baena contra Escalante y a los pocos días en el camino de Villaharta a Pozoblanco, cuando ya las tropas de don Carlos se batían en retirada, el desgraciado coronel Villar, que por su edad no podía caminar más, cayó al suelo. A bayonetazos fué muerto, siendo sus últimas palabras las de que «así no se mataba a un militar como él».

El coronel Villar había otorgado testamento años antes, ante la fe de don Antonio Mariano Barroso, en el que quería que fuera enterrado con el hábito franciscano y donado lo poco que podía tener a las viudas y huérfanos de militares. También declaraba en ese documento, de fecha 12 de julio de 1832, que no tenía más caudal que la ropa de uso y unos pocos muebles, los que quería que a su muerte se vendieran y con ello

se pagara su entierro y sus honras fúnebres. Lo mejor que tenía, una urna con un santo Cristo del Amparo, se le manda al conde de Torres Cabrera, para su oratorio, por los muchos favores que le debía. También decía que había servido a su rey con toda lealtad y amor en muchos destinos, más la maldad de sus enemigos le han atropellado y dejado en suspenso en su carrera, pero a todos los perdona, y si queda algo de capital a su muerte, fuera para su hija que vivía en Barcelona con su madre. Años después, hizo ante el mismo notario, un codicilo el día 14 de agosto de 1835, en el que variaba los albaceas que en lugar de don Andrés París y don Antonio Peñas, serían don Jorge Llorente y don José Romasantas.

El trágico final del coronel Villar, despeñado por un barranco entre Villaharta y Pozoblanco, en aquel triste otoño de 1835, ha movido al Ayuntamiento cordobés a que una calle perpetúe su nombre entre los nombres de los hombres de Armas cordobeses. Como una sombra entre el celaje gris del otoño cuando caen las hojas, viene hoy a nuestro recuerdo la personalidad de don Francisco Antonio del Villar, el militar sin fortuna, heroico defensor del Alcázar cordobés.

III

UN DOCUMENTO SOBRE LA ACTUACION DE LOS CARLISTAS EN CORDOBA EN EL AÑO 1836

Ya hemos apuntado antes diferentes aspectos de la actuación de la expedición Gómez en nuestra ciudad solamente añadiremos que en el Archivo de Protocolos Notariales a cargo de don Luis Cárdenas Hernández, Notario Archivero de Córdoba se conserva en el oficio 17, en la escribanía de don JOSE MARIA GALVEZ ARANDA aquel escribano de familia de los plateros de su nombre, un documento al folio 39 del tomo referente al año 1840 en el que se protocolizan las actuaciones que en el día 30 de septiembre de 1836 se incoaron en el juzgado de primera instancia de don Joaquín Hernández por el cual se dictaron los siguientes fallos contra los que causaron alboroto a favor de los carlistas y que no siguieron a la expedición de don Miguel Gómez Damas.

En primer lugar se condena a un tal Domingo Pausas por habersele probado el asalto a la casa palacio del Marqués de Guadalcazar allá en la Puerta del Rincón y distinguido prócer isabelino a la pena de diez años

de trabajos forzados en el presidio de Melilla siempre que fueran los más duros y penosos, por cierto que el tal Pausas murió en prisión y se subastó su finca Lagar de la Moneda, la que fué comprada para salvarla y que fuera a sus herederos, por un distinguido carlista; don Mariano Esquivel, lo que denota el compañerismo que entre ellos tenían.

Manuel Calvo es juzgado por haber fracturado la puerta del Rincón y haber dado paso a los carlistas en unión de Francisco Lucena, a cada uno se le impone la suma de una multa pecuniaria y la pena de ocho años de cárcel que habian de cumplir en Melilla, mientras que a otros inculcados como eran JUAN MAESTRE, ANTONIO MUÑOZ, ANTONIO LOPEZ, FRANCISCO BENITEZ son condenados a cuatro años que habrían de pasar en la prisión de Málaga.

Juan Cepas sólo obtiene la pena de tres años de prisión en Málaga por haberse sumado a los revoltosos y una tal Micaela Calderón, por haber tremolado el estandarte faccioso, un año en la cárcel de mujeres cordobesa.

Vemos pues por este curioso documento que no fueron tantos ni tan unánime la acogida a la fracción carlista la que se le hizo en Córdoba. Téngase en cuenta que muchos carlista se fueron con la expedición y por desgracia también muchos isabelinos como porteadores de los equipajes y de las rapiñas que el General había ordenado requisar en Córdoba. Empaña la fama de este tan experto como hábil general estos pequeños detalles que en toda guerra civil son frecuentes, pues muy lejos de sus bases tenía que mantenerse sobre el terreno y su tropa, cuando llegó a Córdoba, estaba casi descalza y desarmada.

CENTENARIOS DE CORDOBESES ILUSTRES

EN EL CENTENARIO DEL ESCRITOR CORDOBES

Vicente de Los Ríos

I

Por José VALVERDE MADRID

El primer biógrafo de Cervantes es un escritor cordobés: don Vicente de los Ríos y en el día 2 de junio se han cumplido dos siglos de su muerte en Madrid en el año 1779. Pero no solamente es el autor de dicha biografía